

tar contra aquella situación privilegiada que se traducía no solo en una influencia poderosa en los negocios públicos, sino también en la exención completa de toda clase de impuestos. Y sin embargo, el joven monarca no tenía más remedio que intentarlo si quería poder disponer en la medida necesaria de las fuerzas de su pequeño reino para el desenvolvimiento de sus vastos planes internacionales. Pero el milagro se realizó: en veinte años de incesantes trabajos Gustavo Adolfo hizo de su reino, antes minado por discordias intestinas y poco menos que insignificante en punto a política exterior, una potencia importante, merced a lo cual pudo intervenir como factor influyente en la gran guerra universal de aquel siglo. Este resultado de sus esfuerzos es un testimonio elocuente de su aptitud para desempeñar el elevado cargo que ocupaba, aptitud de la que dió muestras desde muy joven y que su padre supo cultivar y fomentar con tanto celo como talento por medio de una educación inteligente y vasta.

Gustavo Adolfo nació en 19 de noviembre de 1594, durante las luchas civiles a consecuencia de las cuales subió al trono su padre, y creció en medio de los disturbios de aquel período agitado. Cuando su padre fué elegido rey contaba diez años, y ya entonces poseía una instrucción poco común en los príncipes de aquel tiempo y daba pruebas de madurez y bondad de juicio. Desde muy niño se había dedicado con entusiasmo a los estudios científico-militares, y con especial pasión al de la historia de las luchas de la independencia de los Países Bajos. Guillermo de Orange era su héroe predilecto y su modelo, y así fué creciendo inspirándose en él y estudiando el arte de la guerra y de las fortificaciones en aquella nación. Mas no por esto descuidó el estudio de otras materias, mostrando especialmente gran afición y excepcionales disposiciones para los idiomas, de los cuales llegó a dominar, además del sueco, el holandés, el alemán, el francés, el latino y el italiano, y aun saludó los principios del griego, pudiendo leer a Jenofonte. De los autores más modernos leía con entusiasmo las obras de Hugo Grocio sobre derecho de gentes. En sus lecturas y estudios, no solo se fijaba en la belleza de las formas externas, sino que además ahondaba en la esencia de las cosas, y por esto desde muy joven sus juicios fueron el asombro de cuantos embajadores residieron en la corte de Suecia. A los once años, su padre le hacía asistir a las sesiones del Consejo de Estado y le iniciaba en el mecanismo de los públicos negocios. Carlos IX de Suecia, que adivinó con su perspicacia el talento de su hijo y, orgulloso de él, supo cultivarlo sabiamente, había dicho de Gustavo Adolfo lo que Guillermo I decía después de Federico el Grande: que sería más grande que él, que llevaría a cabo con fortuna la obra por él trabajosamente iniciada, y que llegaría a ser un segundo Gustavo Wasa. Muy pronto pudo ver el mundo entero que no se había equivocado en sus vaticinios.

Gustavo Adolfo, al subir al trono en 1611, hizo cargo del reino «con las dos manos vacías», como dice la oración fúnebre. Si quería ponerlo en condiciones de alcanzar y conservar una posición verdaderamente importante entre las potencias del Norte que en aquella sazón luchaban entre sí, debía intentar ante todo poner orden en el interior y especialmente acabar con la situación excepcional de la privilegiada aristocracia y poner al servicio de los fines del Estado los territorios y los vasallos de la misma. Esta tarea, que parecía y en verdad era muy difícil, supo realizarla el monarca sueco con tan admirable tacto que entre él y la nobleza no surgió el menor conflicto directo. Para lograr este resultado sorprendente reanimó las antiguas tradiciones militares, merced a las cuales la aristocracia había en otro tiempo conse-

guido ponerse al frente del ejército; recordóla que sus privilegios descansaban precisamente en la antigua prestación del «servicio del caballo» y que el que no sirviera al Estado con todas sus fuerzas debía perder tales privilegios; en una palabra, supo despertar en ella el espíritu y la emulación militares. Consecuencia de ello fué que, así como había tenido que acabar su primera guerra con Dinamarca (1613) con la poco ventajosa paz de Knarod, por no haber encontrado en la nobleza el debido apoyo, en las guerras sucesivas aconteció todo lo contrario. Y cuando hubo conseguido avivar en la aristocracia el sentimiento nacional enfrente de los egoístas intereses de clase, logró también que los nobles, además de prestar los servicios militares, contribuyeran económicamente al sostenimiento del Estado. Para conseguir este resultado apeló también a procedimientos inspirados en la mayor prudencia, pues comenzó por crear un impuesto sobre la molienda, que debía percibirse sobre todo el grano que se llevara al molino, y por consiguiente sobre el de los grandes propietarios aristocráticos. Hecho esto, pudo el rey pensar más adelante en imponer una capitación que también los nobles debían satisfacer, aligerando de este modo considerablemente las cargas que pesaban sobre el pueblo y que habían llegado a ser intolerables después de tanto tiempo de guerras.

Cuando gracias a estos medios lentos, pero progresivos, hubo levantado la hacienda de su pequeño reino, que solo contaba millon y medio de habitantes, y puesto a este en condiciones de realizar una política europea de vastas miras, se dedicó con igual prudencia a la reorganización de su ejército que hasta entonces, a pesar de su excelencia intrínseca, mas que un ejército regular había sido una milicia. Atendiendo al carácter principalmente agrícola de aquel país, no solo se hacían antes los alistamientos por distritos, sino que todo el ejército estaba organizado por regiones y las compañías aisladas que en los distritos se reunían no formaban grandes colectividades ó regimientos. Gustavo Adolfo fué el primero en hacer de esta organización un verdadero ejército permanente y en obligar a las tropas a moverse de continuo, para lo cual suprimió las armas hasta entonces usadas con preferencia, es decir, la coraza, la lanza y la pica, é hizo del mosquete el arma principal. También introdujo, a lo menos para las tropas escogidas, el uniforme, antes completamente desconocido en Suecia. Este monarca, que, como se ve, daba también gran importancia a lo externo, dotó a sus soldados, para el invierno, de pieles y guantes de piel, con lo cual pudo emprender, con no poco terror de sus enemigos, campañas en Alemania durante la estación fría. En una palabra, sin quitar a su ejército el carácter rural en que descansaba toda su fortaleza, hizo de él un organismo homogéneo y móvil, y comunicóle a fuerza de incesantes trabajos el espíritu de cuerpo y la rigurosa disciplina que son la base de todos los triunfos militares.

La importancia que esto tenía vióse bien pronto en las guerras que Gustavo Adolfo después sostuvo y que tendían todas a un mismo objetivo grande y con firme consecuencia perseguido, cual era la fundación de una soberanía en el Báltico. La guerra danesa, a pesar del poco éxito que tuvo, significa ya el primer paso por este camino, y gracias a ella consiguió Gustavo Adolfo apoderarse pacíficamente, bajo forma de una compra cuyo precio había aun de reunir, de los lugares fortificados de la costa sueca que todavía ocupaba Dinamarca, entrando por este medio en Calmar, Oeland y Elsborg. Mucho más beneficiosa fué la guerra contra Rusia. Gustavo Adolfo con gran habilidad y perspicacia supo aprovechar la ocasión que le ofrecían los desórdenes que en Rusia produjo el encumbramiento de la casa Romanow para

hacer sentir allí su influencia, y mientras varios pretendientes, entre ellos su primo Segismundo de Polonia, se disputaban el trono ruso, procuró él sentar su planta en los territorios de la costa del Báltico. Livonia, Kareliés é Ingermanlandia fueron territorios que por el tratado de Stolbowa (febrero de 1617) le cedió el gobierno ruso a fin de poderse dedicar mas libremente a vencer las dificultades que en el interior de Rusia se presentaban. Quedaban, pues, echados los cimientos de la soberanía del Báltico, y Gustavo Adolfo pudo anunciar orgulloso y satisfecho a sus Estados que en lo sucesivo no podían los rusos sin su permiso surcar el Báltico ni siquiera en un bote, que Rusia quedaba excluida del Báltico, y que en lo futuro había de serle muy difícil a aquella nación «saltar por encima de aquel arroyo.»

Para asegurar las conquistas realizadas era preciso ante todo que Gustavo Adolfo se entendiera con su primo, el de Polonia, que no solo le disputaba la posesión de aquellos territorios, especialmente de Livonia, sino que, además, continuaba reclamando el trono de Suecia y no quería reconocer la soberanía de Gustavo Adolfo en sus propios dominios. Es indudable que esta actitud del rey de Polonia estaba apoyada no solo por el emperador de Alemania, sino también por España y por la combinación de las fuerzas católicas a cuyo frente se hallaba la casa de Habsburgo. Polonia era un eslabón de aquella cadena de aspiraciones hacia un poderío universal con que entonces, como antes en tiempo de Felipe II, pensaba el catolicismo producir la ruina del protestantismo. Uno de los pensamientos favoritos de la política



Medalla grabada con el busto de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, armado de coraza, con cuello y banda. Grabado por Lucas Kilian (1579-1637). Tamaño original. (Real Moneterario de Berlin)

Inscripción del anverso: GVSTAVVS ADOLPHVS SVECORVM GOTHORVM ET VANDALORVM REX. Reverso: EIN RITTER WERTH, VON GOTT BESCHERT. VON GOTT ERWELT, VND DAR ZV BSTELT, FIERE ICH KRIEG. GOTT GIBT DEN SIG, DVRCH IESVM CHRIST, DER MACHT MICH GRIST. VND WOLGEMVETH, DEN EVANGELISHE ZVGV.

de los Habsburgos consistía en establecer por la vía marítima una comunicación segura entre España y Polonia, sin necesidad de hacer escala en Dinamarca ni en Suecia, y por esto al negociar con Dinamarca la paz de Lubeck había insistido en que se cediera a la casa de Habsburgo por lo menos una plaza fuerte en la costa del Báltico. Al mismo objeto tendían el nombramiento de Wallenstein como almirante del Imperio y el sitio de Stralsund. Wallenstein había pensado seriamente en la apertura de un canal que pusiera en comunicación el Báltico con el mar del Norte, pensamiento cuya ejecución estaba reservada a nuestros días: con esto se quería prescindir del paso del Sund que estaba en poder de Dinamarca, la cual cobraba un crecido impuesto por dejar que los buques pasaran por él, y abrir al comercio un nuevo camino independiente de aquella nación y de Suecia. Como se ve, los intereses de Dinamarca y de Suecia eran idénticos en este punto, a pesar de lo cual nada favoreció tanto los trabajos hispano-austríacos como el desacuerdo que entre aquellos dos Estados existía y cuya terminación era uno de los principales objetivos a que dirigían sus esfuerzos las potencias protestantes y especialmente Inglaterra. Desde este punto de vista la guerra polaco-sueca de 1620 revestía mucha mayor importancia que bajo el concepto local. Excluir del Báltico el ambicioso poderío de la protestante Suecia; conservar para Polonia la posesión de los puertos prusianos y además conquistar para ella las provincias del Báltico que disputaba a Suecia, y a ser posible sentar en el trono

sueco al católico rey polaco, consiguiendo con ello que Suecia volviera a ser para el catolicismo, todos estos fines ajustábanse perfectamente a la idea fundamental de la política católico-habsburguesa, y para su logro bien podía esta ayudar a Polonia en su difícil lucha con Gustavo Adolfo. Teniendo esto en cuenta se comprende la importancia que para Suecia tenía esa lucha y se explica cuán necesario le era concentrar todas sus fuerzas en esa guerra polaca y cuán amenazada debía el monarca sueco sentir su existencia por el apoyo que el emperador y su general prestaban a su adversario. No es, pues, de extrañar que ya desde 1625, aun después de haber logrado su rival el rey de Dinamarca la dirección de la guerra en Alemania, se brindara a operar desde Prusia, cuyos territorios ocupaba durante la lucha con Polonia, una diversion en los dominios silesianos del emperador, atravesando para ello el territorio polaco. Tampoco es de extrañar, por la misma razón, que en 1628 y a pesar de sus diferencias con Dinamarca Gustavo Adolfo prestara en unión de esta eficaz auxilio a Stralsund, tan de cerca acosada por Wallenstein, y que se persuadiese cada día más de que solo podría conservar la posición conquistada en el Báltico declarando inmediatamente la guerra al emperador. Ya en 1628, cuando Wallenstein dejó traslucir claramente sus planes marítimos, Gustavo Adolfo comenzó a temer que aquel general, una vez sentada su planta en la costa mecklenburgo-pommerania, no se contentaría con amenazar y atacar su posición en el Báltico, sino que a la corta ó a la larga

él ó el emperador intentarían agredirle en sus propios dominios de Suecia. La ayuda que el emperador facilitó á Polonia enviándole el numeroso ejército que mandaba Arnim, hizo subir de punto sus temores. Encontrábase entonces Gustavo Adolfo en situación análoga á la de Federico el Grande al estallar la guerra de los Siete años: tenía enfrente á la coalición de sus enemigos que se había manifestado públicamente durante la guerra de Polonia. ¿Había de esperar á que le agredieran y aniquilaran? Ya en 1629 estaba resuelto á anticiparse á este ataque desembarcando en Alemania; ya entonces el Consejo del Reino sueco, con perfecto conocimiento del verdadero estado de cosas, aconsejó unánimemente la guerra ofensiva contra el emperador y declaró francamente que la causa principal de esa expedición alemana era la tendencia del emperador á apoderarse de Suecia y del Báltico.

Si se examina esta situación de la política general europea, compréndese cuánta importancia tenía el hecho de que Polonia, á pesar del apoyo del emperador, hubiera de decidirse en setiembre de 1629 á firmar con Suecia aquel armisticio por seis años, por el cual cedía provisionalmente á esta potencia Elbing, Braunsberg, Pillau y Memel, es decir, los puertos mas importantes de Prusia en el Báltico, y reconocía los derechos de Suecia á las provincias bálticas arrebatadas á Prusia. Esta solución aclara al propio tiempo la antigua controversia sobre si Gustavo Adolfo emprendió la guerra contra Alemania por motivos puramente religiosos ó simplemente políticos, es decir, si con la guerra se proponía salvar á los protestantes alemanes de la opresión del emperador ó quería tan solo realzar el poderío de su reino. Uno y otro objetivo, la religión y la política, estaban inseparablemente unidos en la mente del monarca sueco, pues si bien eran genuinamente políticas las razones que le impulsaban á aventurarse en tan peligrosa guerra, esas razones estaban íntimamente enlazadas con las ideas religioso-eclesiásticas que agitaban al mundo en aquellos tiempos. Los enemigos políticos de Gustavo Adolfo eran á la vez sus enemigos religiosos, y el antagonismo religioso fué el que agrió y dió verdadera importancia al antagonismo político. Cuanto mas conseguía oprimir al protestantismo en Alemania, tanto mas fácil le era al emperador dirigirse contra los protestantes de fuera del Imperio, especialmente contra Suecia. Los protestantes alemanes eran indudablemente aliados de Gustavo Adolfo aun antes de que estallara la guerra entre este y el emperador, y si recordamos además que el rey de Suecia debía la corona que ceñía á sus convicciones firmemente protestantes, comprenderemos claramente que los motivos religiosos y los políticos eran inseparables en el ánimo del monarca sueco, el cual al defender sus intereses políticos defendía los del protestantismo en general y los de los protestantes alemanes en particular. Cabe suponer que Gustavo Adolfo no habría ido á Alemania si solo se hubiese tratado de proteger á los protestantes del Imperio contra las vejaciones del emperador; pero no es menos cierto que el antagonismo político entre este y aquel arrancaba, en el fondo, del antagonismo religioso. Por otra parte es indudable que la intervención de Gustavo Adolfo en la guerra alemana fué motivada, aparte de aquellos intereses políticos, por la compasión que le inspiraban sus correligionarios de Alemania que tantas veces habían solicitado su auxilio. De todos modos, con Gustavo Adolfo surge por vez primera en el teatro de aquella guerra terrible un héroe que, movido por elevados é ideales impulsos, supo comunicarlos á todo su ejército, poniendo á este al servicio de una causa levantada y noble. Los ejércitos que hasta entonces habían intervenido en la guerra alemana, es decir, los de Mansfeld, de Cristian de Brunswick y de Wa-

llenstein, habían sido ejércitos de mercenarios indisciplinados, no unidos por una idea elevada, un conjunto de hombres de todas las nacionalidades y de todas las creencias sin mas objetivo que la ganancia, la soldada y el botín. El de Gustavo Adolfo, por el contrario, estaba animado por un entusiasmo nacional y religioso, mantenido en una severa disciplina por su heroico monarca y compuesto de elementos exclusivamente protestantes, que no consideraban como fin y misión de la guerra los saqueos y las depredaciones y no vejaban á las poblaciones de los territorios ocupados sino en caso de necesidad extrema, por lo cual pronto fueron en todas partes saludados con júbilo y recibidos como salvadores por aquellas gentes esquiladas por las tropas imperiales.

A pesar de las cualidades excepcionales de su ejército, á pesar de la gran experiencia militar que tanto el rey como sus generales habían adquirido en las luchas con Dinamarca, Polonia y Rusia, era en extremo arriesgada la empresa que en mayo de 1630 se disponía á acometer Gustavo Adolfo. Un solo fracaso hubiera bastado para que sobre él se arrojaran su enemigo de Polonia y aun el rey de Dinamarca que tanta envidia y casi enemistad le tenía. En aquella ocasión encontrábase aislado diplomáticamente. Las negociaciones entabladas con el embajador francés Charnacé para establecer una alianza con Francia, potencia que había facilitado el armisticio con Polonia, habían dado tan pocos resultados como las seguidas con Holanda, nación que temía que una alianza con Suecia le produjera un conflicto con el emperador, con quien aun vivía en paz, á lo menos aparentemente. Holanda, temerosa y no sin motivos de que al aliarse con Suecia cayeran sobre ella las fuerzas unidas de España y del emperador, apenas si consintió en ofrecer algunos subsidios en dinero.

A pesar de todo esto, Gustavo Adolfo, lleno de inquebrantable confianza en Dios, dió el paso decisivo. En mayo estaban terminados los grandes preparativos para la expedición, y el 26 de junio el rey desembarcó en Pommerania, en la isla de Usedom, al frente de un ejército no muy numeroso, pero selecto, aguerrido y perfectamente instruido en punto á táctica. Probablemente esperaba el monarca sueco que le acogieran con entusiasmo y le ayudarían con eficacia sus correligionarios alemanes que, amenazados en su existencia, habían de ver en él al salvador que se les presentaba en momentos de suprema angustia; mas si tal esperó, hubo de sufrir al principio muchos desengaños. Ya había sido un mal presagio el hecho de que poco antes de salir de Suecia se le presentara una embajada del duque Bogislao de Pommerania suplicándole encarecidamente que desistiera de su expedición ó por lo menos que no desembarcara en territorio pommeranio, porque con ello le pondría en grave compromiso con el emperador y con las tropas de este que en sus dominios se encontraban. Como era natural, aquella súplica no hizo desistir á Gustavo Adolfo de la empresa que había resuelto llevar á cabo, y en vista de que, al presentarse en Pommerania, el duque Bogislao persistía en su actitud de resistencia ó por lo menos de prudente reserva, decidió atenerse á sus propias fuerzas. Despues de haber fortificado apenas el punto en donde había desembarcado, asegurándolo contra una sorpresa del enemigo, marchó directamente sobre Stettin, intimó á esa ciudad que le abriera sus puertas y, habiendo el coronel pommeranio que defendía la plaza opuesto algunas dificultades á tal intimación, declaró que solo entraría en tratos con el duque en persona. En su consecuencia Bogislao hubo de presentarse en el campamento de Gustavo y, acosado por este, ordenar que se abrieran las puertas de la ciudad, acabando por concertar con el monarca

sueco una alianza que le garantizaba la posesión de su territorio, pero en la cual se consignaban, para el caso de su muerte, condiciones que aseguraban los derechos de Suecia para arreglar la sucesión del ducado, con lo cual Gustavo Adolfo adquiría un arma poderosa contra Brandeburgo, que había firmado con Pommerania un tratado hereditario en virtud del cual podía aspirar á la herencia.

Hecho esto, el rey de Suecia creyó que lo más importante entonces era crear una base firme de operaciones y asegurarse la posesión de la costa pommerania, objetivo á cuyo logro se dedicó con asombrosa circunspección aunque con la mayor energía, consiguiendo paso á paso apoderarse de una serie de plazas de Pommerania, especialmente de Stolpe y Anclam, que los imperiales, perdida la serenidad, le aban-

donaron sin resistencia, y asegurarse los importantes pasos fronterizos de Mecklenburgo. Las tropas imperiales, privadas de su general y dirigidas por un jefe de poca importancia, Torcuato Contis, demostraron una debilidad y una vacilación tales que facilitaron considerablemente los triunfos de Gustavo Adolfo. Iguales en número á las fuerzas suecas, se diseminaron y nunca resistieron vigorosamente, y aun sucedió muchas veces que pequeños y aun grandes destacamentos de mercenarios se pasaron al rey de Suecia, cuya buena estrella parecía abrirles nuevos horizontes para el porvenir. Gustavo Adolfo, resuelto á deshacerse de sus enemigos con un golpe decisivo, les atacó el día de Navidad de 1630 en su cuartel general, entre Greifenhagen y Garz, y les derrotó tan por completo que los imperiales no tuvieron mas



Vista del castillo y de una parte de la ciudad de Wolgast durante el sitio de 1630.

En las nubes un signo milagroso que según dice la inscripción puesta al pie apareció sobre el castillo en forma de un león y una águila.

Facsimile de un grabado anónimo publicado en el *Theatrum Europaeum* de Mateo Merian (1593-1650) en 1637.

remedio que evacuar la Pommerania. Los suecos persiguieron á los fugitivos hasta muy adentro de la Nueva Marca, llegando entonces hasta Landsberg de Warthe. La población pommerania hizo grandes demostraciones de alegría cuando se vió libre de sus opresores. A fines de 1630, Gustavo Adolfo era dueño de toda la Pommerania, con excepción de Colberg, de Greifswald y de una parte de la Nueva Marca. Entonces la corte imperial y los círculos de los príncipes católicos comenzaron á comprender la gravedad del peligro que por aquel lado les amenazaba. La noticia de la victoria de los suecos en Garz y Greifenhagen les anonadó.

Sin embargo, importaba mucho para el curso ulterior de aquella empresa saber la actitud que despues de aquellos primeros éxitos, no decisivos todavía, tomarían los príncipes protestantes alemanes con relación al salvador que en los momentos de necesidad suprema se les había presentado.

#### ASAMBLEA DE LEIPZIG Y DESTRUCCION DE MAGDEBURGO

Sean cuales fueren los motivos que impulsaron á Gustavo Adolfo á intervenir en la guerra alemana, no cabe la menor duda de que á su sola aparición en el territorio germánico debió el protestantismo alemán la salvación del gravísimo peligro que le amenazaba. Gracias á ella no pudieron llevarse adelante las medidas de reacción católica que, basadas en el edicto de restitución, habían comenzado á poner en planta los imperiales en el Norte y en el Sur de Alemania,

EPOCA DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

pues antes que á esto fué preciso atender á la defensa contra un nuevo enemigo que, menospreciado en un principio, no tardó en hacerse temible á sus adversarios. Los actos anteriores de Gustavo Adolfo habían demostrado á estos que tenían que habérselas con un estratégico y táctico de primera fuerza, de quien dijo despues Napoleon que las operaciones en apariencia insignificantes, pero magistralmente dirigidas, que había realizado en los comienzos de aquella campaña bastaban á acreditarle de uno de los mas grandes generales que la historia haya conocido. La habilidad con que sin poner en juego todo su ejército supo asegurar, en medio de circunstancias difícilísimas, su base de operaciones; la prudencia que demostró no avanzando sino despues de tener completamente aseguradas su línea de retirada y sus comunicaciones con los elementos que en pos de sí iba dejando; y la energía y audacia con que, á pesar de esta circunspección, atacó en el momento oportuno y arrojó al enemigo de los territorios costaneros del Norte cuya posesión le interesaba principalmente, son brillantes pruebas de sus talentos estratégicos.

Así como antes de su desembarco esperaba Gustavo Adolfo, dada la comprometida situación de los protestantes alemanes, que estos le recibirían con los brazos abiertos y le aclamarían como su salvador, así también despues de sus primeros triunfos en Pommerania y Mecklenburgo, que tanto terror habían infundido en los imperiales, creyó haber adquirido títulos sobrados á la confianza y al afecto de sus